

---

# DISCURSO DE INCORPORACIÓN DEL ESCRITOR MARIO VARGAS LLOSA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD FEMENINA DEL SAGRADO CORAZÓN<sup>1</sup>

De más está decirles que estoy profundamente agradecido a la Universidad Femenina del Sagrado Corazón, por honrarme con este doctorado Honoris Causa que me incorpora de manera simbólica a sus claustros. Como ha mencionado el Decano de la Facultad de Derecho, esta prestigiosa institución está ligada indirectamente a mi persona a través de mi esposa, quien estudió casi toda su vida escolar en el Sagrado Corazón. La buena memoria de la Rectora ha recordado, además, que la tuvo como alumna en los cursos de Religión y de Matemática. No le he preguntado si Patricia era buena alumna, pero ella, motu proprio, me ha dicho que sí.

Agradezco al Decano de la Facultad de Derecho su generosa intervención, aunque difícilmente podré perdonarle la maldad de leer ese poema mío que, ni siquiera por haberlo escrito a los once años, se salva. Es espantosamente malo y me confirma que hice bien al apartarme de la poesía a tiempo, ya que, como dice Jorge Luis Borges, en poesía solo se admite la excelencia. La novela es más generosa y nos permite que, sin alcanzar la ex-

celencia, podamos tener como escritores un rendimiento decoroso.

Como este doctorado se me concede por mi trabajo de escritor, pienso que una pequeña reflexión sobre mi oficio, sobre la literatura y sobre la función que esta cumple en la sociedad, vendría al caso. Es obvio que la literatura es una forma suprema de entretenimiento. Todos los lectores, desde los mejores hasta los peores, han gozado sumergiéndose en un libro y viviendo gracias a él experiencias que la vida real no les daría. Creo que todos hemos sentido alguna vez la necesidad de salir de nosotros mismos, de traspasar ese espacio limitado al que está condenada la vida humana y vivir realidades distintas, a veces aventureras, a veces dramáticas, a veces sentimentales, a veces violentas y terribles.

Tenemos una contradictoria condición: tenemos una vida y también tenemos unos deseos y una imaginación que nos permiten concebir otras vidas. Eso crea, entre lo que somos y lo que quisiéramos ser, un abismo. Para llenar ese abismo nació la

literatura, para hacernos vivir aquellas experiencias imposibles de vivir en la realidad. Los primeros cuentos nacieron en la noche de los tiempos, en las cavernas de los hombres primitivos, donde, seguramente muy poco tiempo después de brotado el lenguaje, brotaron también las primeras historias e hicieron a esos remotos ancestros salir de esa vida casi animal que era la suya y vivir más intensamente, con menos miedos, con menos condicionamientos, de lo que era su vida cotidiana. La literatura ha seguido cumpliendo esa función a lo largo del tiempo, ha enriquecido la experiencia humana, ha luchado en los horizontes de la vida y, al hacernos vivir de una manera distinta, nos ha enriquecido extraordinariamente.

Vivimos en una época en la que la pregunta es si la literatura sobrevivirá en el futuro inmediato. La idea de que esta podría desaparecer es una preocupación generalizada en el mundo, en el desarrollado y en el subdesarrollado, y prácticamente en todas las culturas. En el pasado esto parecía un disparate, pero ya no lo es. Hoy día la literatura com-

---

1. Discurso pronunciado en la UNIFÉ el 12 de marzo del 2012.

pite con muchas otras formas de entretenimiento, algunas de ellas tan poderosas que van desplazándola y reduciéndola a unos ámbitos cada vez más escasos y pequeños.

¿Qué pasaría si la literatura desapareciera o se redujera a extremos casi marginales y tuviera que vivir en las catacumbas? ¿Qué perdería la humanidad? No solo una forma superior de entretenimiento, porque existen otros que nos permiten salir de nosotros mismos, como el cine y la televisión, pero perdería algunas cosas esenciales que los otros géneros del entretenimiento no pueden suplir, uno de ellos, principalísimo, el conocimiento del propio lenguaje. Uno aprende a conocer la riqueza, la sutileza, la versatilidad de su lenguaje leyendo los buenos libros de literatura. Eso no se aprende en los manuales de los cursos escolares o universitarios, eso se aprende en el ejercicio vivo del lenguaje, y ese ejercicio vivo alcanza siempre sus mayores cuotas de excelencia y de esplendor en la literatura. Y dominar un lenguaje no es solamente expresarse con elocuencia, con precisión, matizando todas las variantes de una idea. Es también la mejor manera de pensar con coherencia y claridad. Conociendo el lenguaje pensamos más claro y pensamos mejor; y pensar más claro y pensar mejor es dotarse de un instrumento que nos permite conocer mejor el mundo en el que vivimos, conocer mejor a los otros y romper las barreras que generalmente levantan la ignorancia y los prejuicios.

Creo que si la literatura desapareciera, el mundo en el que vivimos se encogería extraordinariamente y surgirían

dentro de las propias fronteras, en las que todavía por desgracia estamos condenados a vivir, otras que nos irían ensimismando en grupos afines y desconfiados de los otros.

Uno de los grandes resultados de la buena literatura es que aprendemos, de una manera viva y práctica, lo artificiales que son las barreras que separan a los seres humanos: las barreras políticas, religiosas, geográficas, culturales, raciales, etcétera. La literatura nos enseña que existen denominadores comunes que prevalecen siempre sobre esas diferencias, y que esas diferencias se desvanecen cuando compartimos las experiencias fundamentales de la vida: la lucha por la supervivencia, por los ideales, la amistad, el miedo, el amor. Frente a esas experiencias, todos los seres humanos, no importa qué idioma hablemos, no importa a qué dioses adoremos, no importa qué ideologías políticas defendamos, somos iguales.

En esto la literatura ha sido a lo largo de la historia una extraordinaria maestra, un medio para entender la vanidad y la miseria de los prejuicios. La literatura es también un gran instrumento de libertad, nos muestra que la realidad está mal hecha, y que siempre estará mal hecha aunque las cosas parezcan andar bien en una sociedad. La literatura atiza en nosotros los apetitos, los deseos de algo distinto, de algo mejor de aquello que tenemos, y, gracias a ese desasosiego y a esa inconformidad, es que brota el espíritu crítico, ese espíritu que ha impedido que nos inmovilicemos en la historia y que, por el contrario, hayamos avanzado, crecido, progresado, desde ese mundo feral que era

el de la caverna, el de los hombres primitivos, hasta el mundo de hoy, un mundo que, gracias a la ciencia, ha conseguido llevar al ser humano al espacio, a visitar las estrellas, que ha dado combates extraordinarios contra la enfermedad, que ha reducido la violencia. Todo eso es producto de la inconformidad y del espíritu crítico; es decir, de ese apetito de libertad que es inseparable de la lectura de los buenos libros.

Cuando salimos de la ilusión en la que un buen libro nos ha tenido suspendidos y volvemos a la realidad cotidiana, descubrimos qué pobre, qué mediocre es la vida real comparada con esa vida riquísima que somos capaces de inventar, esa vida que nos hacen vivir los buenos libros.

Por eso es que creo que la desaparición de la literatura, o su reducción a sectores excéntricos y marginales, sería una gran tragedia para la humanidad. Que la literatura sobreviva y mantenga una plaza central en el futuro no depende de leyes fatídicas sino de nosotros, de nuestras decisiones, de nuestras conductas, de nuestras convicciones. Es importante que en los colegios y en las universidades, además de formar ciudadanos y profesionales, se formen buenos lectores. Allí es donde debe nacer esa pasión por la realidad de la ficción que es la de los buenos libros.

Cuando de niño o de joven no se descubre lo hermoso que es leer, la riqueza extraordinaria a la que se puede acceder a través de las páginas de un libro es muy difícil de alcanzar después. Si queremos que en el futuro haya lectores, los libros deben acompañar al ser humano desde

sus primeros años. Y si queremos que en el futuro haya buenos lectores, necesitamos que la promoción de la lectura, la promoción de la literatura, acompañen la formación de hombres y mujeres en todos los periodos de su formación, universitaria, escolar y, desde luego, familiar.

Los buenos lectores nacen de familias en las que hay libros. Es más difícil que nazcan en familias en las que no los hay, en las que los mayores no leen. Y es fundamental que lean buenos libros, porque también hay malos libros, que, en vez de enriquecer la experiencia humana, la frustran, la angostan, la cargan de prejuicios. Para eso son muy importantes los cursos de literatura, que haya buenos maestros y maestras que enseñen la diferencia entre los buenos y los malos libros, que acompañen un poco a los niños, a los jóvenes, por ese bosque intrincado que es el mundo de los libros, un mundo donde, si bien es cierto el conocimiento es difícil, sea posible discernir entre lo bueno, lo mediocre y lo malo.

Creo que defendiendo los libros, defendiendo la lectura, defendiendo la literatura, no solo defendemos para el futuro una forma extraordinaria del entretenimiento y diversión, sino también un mundo libre, un mundo de ciudadanos con espíritu crítico convencidos de que el mundo está y estará mal hecho y que por eso siempre habrá que cotejarlo, criticarlo, mejorarlo en ese proceso constante que es la vida misma.

No quiero alargarme más hablando con la pasión que ustedes se imaginan de un tema que me es tan caro como es el de la literatura. Pero sí quisiera terminar con una pequeña reflexión en torno a algo que dijo el Decano de la Facultad de Derecho en su discurso. Él recordó lo difícil que era para un joven en el Perú elegir la literatura como una manera de vivir. Y es verdad. La literatura no parecía una actividad que tuviera un asiento social. Parecía más un hobby, una diversión de días feriados y de fines de semana, era muy difícil que alguien pudiera dedicar su vida enteramente a la literatura.

Hoy vivimos en tiempos muy pragmáticos y a los jóvenes se los induce a elegir lo mejor. Pero creo que es importante tener conciencia de que lo mejor para un joven es siempre, en todos los casos y sin ninguna excepción, su vocación, cualquiera que ésta sea. Si es una vocación que se proyecta hacia las profesiones liberales admitidas, promovidas, necesitadas por la sociedad, santo y bueno; pero si es una vocación que se induce más bien hacia actividades un tanto excéntricas, un tanto marginales, es seguro que, si por esa consideración pragmática el joven ataca su vocación, la reprime y elige otra actividad, a lo largo de toda su vida lo acompañará la frustración, una frustración que en muchos casos le impedirá desarrollar su talento, su capacidad creativa, y vivirá con la amargura y la nostalgia de no haber asumido aquello

que cuando joven y ya deseaba practicar.

Por eso voy a terminar dirigiéndome a las alumnas de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón para exhortarlas a que asuman su vocación con coraje, con entrega, sea cual ésta sea. Si toman esta decisión, creo que, aunque pudieran no triunfar en el sentido material de la palabra, es seguro que vivirían mucho más en paz consigo mismas que si, por razones prácticas, reprimen su vocación y eligen una profesión o un oficio que supuestamente tiene mejores perspectivas sociales.

Creo que la vocación es algo precioso, que saber qué es lo que queremos hacer nos da una convicción, una voluntad, una energía y un dinamismo para emprender el trabajo cotidiano que no nos da una actividad que asumimos por razones puramente prácticas y sin una motivación y un compromiso profundo que apoye este quehacer.

Voy a terminar por donde empecé, agradeciendo una vez más a la Universidad Femenina del Sagrado Corazón por nombrarme. También a tantos amigos que se han hecho presentes para acompañarme en esta noche que, a partir de ahora, pasará a ser uno de los recuerdos queridos de mi memoria.

Muy agradecido.